



una guerra de nuestra legítima soberanía histórica, a la hora de estas calamidades?

«Porque tenía necesidad de volver a sentir como pueblo y ciudadano lo que el tribal autoritarismo del poder trató de borrar de mi memoria!»

Recreación histórica

21
SET.
83

"El ocaso del guerrero"

Por Agustín Pérez Pardella
(Bruguera)

Nuestras guerras civiles encierran enigmas indescifrables para quienes se limitan a explorar esos años turbulentos en fuentes puramente documentales. De ahí que, como suele afirmarse, los verdaderos historiadores no son los que reducen la noción de realidad histórica a esquematizaciones puramente racionales (lo cual los priva de ver ciertos rasgos permanentes en los episodios que transcriben) sino los escritores, o los que poseen, aristotélicamente hablando, una visión poética del mundo y hasta pueden vislumbrar el futuro. Es éste el marco dentro del cual Pérez Pardella expresa sus más hondas preocupaciones: la de un investigador que no se conforma con recrear una época en pequeño, o detalladamente, teniendo como verdad única la de los hechos. La verdad para Pérez Pardella está tanto en los acontecimientos que narra (a veces libremente, pero sin modificar su estructura ni su cronología) cuanto en la dimensión que esos mismos acontecimientos cobran más allá de su contemporaneidad. Hay, pues, como una doble indagación en lo que fue la larga y enconada lucha entre federales y unitarios, y que lleva a explicar, de alguna manera, ciertos antagonismos arraigados en la vida argentina, o ciertas posiciones controvertidas que se dan en el seno de una realidad violenta, pero apoderada por pasiones menos venerables que aquellas por las cuales luchaban generalmente los hombres del pasado. En consecuencia, una de las justificaciones de este libro esta-

Agustín Pérez Pardella

EL OCASO DEL GUERRERO



ria contenida en las palabras del propio autor: "Quería brindarme la alegría de un renacimiento en todo lo que de alguna manera constituía mi orgullo de ser argentino y americano".

Por otra parte, no es la primera vez que Pérez Pardella rehúye su trato con el presente para rastrear en el pretérito las huellas de pérdidas grandezas. O dar, simplemente, con algunos modelos de vidas que han marcado momentos inquietantes en la historia de la humani-

dad. En esta búsqueda se inscriben obras como *Las 7 muertes del general, Savonarola, Judas*, etcétera, que jalonan una trayectoria caracterizada por un gran poder de evocación y que culmina con esta impresionante biografía de Lavalle. Podría decirse que todo el libro (sus densos y animados capítulos) ha sido armado como un inmenso escenario para dar cabida en él a la figura casi mítica del héroe de Ituzaingó y protagonista de uno de los periodos más encarnizados de la lucha por la organización democrática del país y la libertad de América.

La novela se inicia con el fusilamiento de Dorrego en 1828 y termina con la no menos trágica muerte de Lavalle en July, trece años después, cuando ya no le queda ejército para oponerse al poderío material de Rosas sino unos pocos hombres abatidos por el hambre y el cansancio, que siguen fielmente su cadáver hasta la frontera casi con Bolivia, como en un esfuerzo sobrehumano (digno final de una tragedia griega) por sacarlo de su tiempo. Es éste uno de los pasajes del libro que más han de conmover al lector, por su intensidad dramática y por lo que tiene de súbita transfiguración de Lavalle en un personaje fantasmal y solitario, surgido novelescamente del fondo abismal de su época, pero mucho más de la habilidad con que Pérez Pardella vivifica su recuerdo y lo rescata como un héroe de estatura universal. Y también como propuesta para una justa valoración de nuestra historia y de nuestros hombres. (318 páginas.)

Juan Cicco

(C) LA NACION

PARA MONTEAVARO CON LA AMIGOS DE

PROLOGO

¿POR QUE?

¿Por qué esta guerra de Lavalle a la hora del escapismo y de las falsas expectativas?

¿Por qué esta recreación de personajes en sus encuentros y desencuentros pacíficos o sangrientos, a la hora del armado oficial en lo económico y lo político, de las inaceptables justificaciones?

¿Por qué esta modesta intención de actualizar, viva y activamente, uno de los períodos más graves y trágicos de nuestra historia, a la hora de inventarle disculpas a todas las amnesias patrióticas?

¿Por qué este regreso a la dignidad y sacrificio de muchos hombres de nuestro pasado, a la hora en que los responsables de la más larga desilusión argentina, nos prometen el abandono de sus trincheras financieras?

¿Por qué este propósito de volver a los grandes apellidos de nuestra nacionalidad, a la hora en que la corrupción corre hacia la meca de las canonizaciones políticas?

Y, en fin, ¿por qué encaré esta obra que intenta revivir una parte de nuestra legítima anterioridad histórica, a la hora de tantas calamidades?:

¡Porque tenía necesidad de volver a sentir como propio y verdadero lo que el tribal autoritarismo del poder trató de borrar de mi memoria!

Un romance que conmovió a su época

Los amores de Damasita

Boedo y Juan Lavalle

Hace ciento cuarenta y cinco primaveras se conocían el general Juan Lavalle y Damasita Boedo, una joven de la sociedad salteña. Juntos protagonizaron una romántica historia de amor que inspiró a Ernesto Sábató bellas páginas de la novela "Sobre héroes y tumbas".

El apuesto general Lavalle y la casa de Jujuy donde el caudillo encontró la muerte, mientras dormía junto a su amante.

DAMASITA Boedo y el general Juan Lavalle se conocieron hace ciento cuarenta y cinco años, en la primavera de 1841. Por ese entonces, la niña contaba con veintitrés años y, desde luego, tocaba piano y chapurreaba graciosamente el francés. Sus inquietos bucles amarillos, unidos a un apellido de rancio linaje, constituían el mejor partido de la aristocrática ciudad de Salta.

La llegada de Lavalle, el Cid de los ojos azules —así bautizado por las damas de la época—, sacudió la apacible vida provinciana. No se desconocían en Salta las trapisondas amorosas corridas por el militar en Catamarca. El romance en cuestión había complicado nada menos que a la esposa del director de la Coalición del Norte, el caudillo Brizuela. El caso es que, más allá de su fama de rompecorazones, el arribo del apuesto general torció el prometedor destino de la más linda de las Boedo.

La presentación misma no tuvo nada de convencional. Quiso la suerte que Lavalle tuviera en sus manos la vida de los federales Pereda y Boedo —tío y hermano de Damasita—, y que a la impulsiva joven se le ocurriera ir a pedir su clemencia. La historia enciclopedista no gusta registrar los asuntos del corazón —menos aún los de al-

coba— entre sus voluminosas páginas. Por eso no se sabe, no se sabrá nunca, qué suerte de pacto establecieron la joven salteña y el general de cuarenta y cuatro años. Pero lo cierto es que los dos federales cayeron fusilados y que el mejor partido de la provincia ya no volvió a tocar el piano en la patricia casona familiar.

Damasita huyó con Lavalle a Jujuy. El general retrocedía hacia el Norte escapando de las filas federales que por orden de Juan Manuel de Rosas debían matarlo y exhibir su cabeza, impiadosa costumbre de esos años. El 19 de setiembre se produjo la batalla de Famaillá, que marcó la definitiva derrota del caudillo unitario.

"La causa de la libertad se pierde por las mujeres" refulguraba Félix Frías, secretario de Lavalle. En tanto allá en el campamento, las huestes se desbandaban y Lavalle apuraba con pasión sus últimas noches de amor. Damasita, las primeras.

Las crónicas de la época apuntan que el general y doscientos hombres —lo que había quedado a la sazón del poderoso Ejército del Norte— arribaron a Jujuy el 8 de octubre del 41. Las acaso más indiscretas pero seguramente más fidedignas páginas del historiador Bernardo Frías agregan que al cortejo se

sumó una bellísima joven. Era Damasita.

Lavalle murió el mismo día de la llegada a la provincia. En tanto la historiografía oficial sostiene que una partida de soldados federales descargó sus armas sobre la casa donde se hospedaban los amantes e hirió de muerte al caudillo, el revisionismo tiene otra versión de los sucesos. El historiador José María Rosa afirma que el derrotado general se quitó la vida.

El caso es que Damasita enjugó sus lágrimas y se presentó ante el general Pedernera, allá en el campamento.

"—Mire usted, Damasita, el general ya ha muerto, pareceme por lo mismo que su presencia aquí ya no tiene objeto. Seguramente que usted deseará volver al seno de su familia, y si esto es así, le daré todos los recursos necesarios para que usted regrese a su casa", le dijo el militar.

La tropa había decidido recoger el cadáver de Lavalle y llevarlo a Bolivia, para evitar que las tropas enemigas exhibieran su cabeza. La joven contestó a Pedernera:

"Señor general; cuando una joven de mi clase pierde una vez su honra, no puede volver jamás a su país. Prepáreme usted una mula que seguiré yo también adelante, y viviré y moriré como Dios me ayude".

El Romance por la muerte de Juan Lavalle y algunos

párrafos de la novela *Sobre Héroes y tumbas* de Ernesto Sábató cuentan en verso y en prosa el viaje desde Jujuy hasta Potosí de 175 hombres y una mujer galpando furiosamente durante siete días por un cadáver.

Lavalle fue enterrado en Potosí y Damasita se largó a viajar por el Altiplano. Allí se hizo inseparable de Juan Manuela Gorriti, otra salteña bella y desprejuiciada. Juana Manuela, separada de su marido —futuro presidente de Bolivia— había fundado un taller literario en Lima y ella misma era escritora. Damasita se dedicó a la enseñanza y en compañía de su amiga incursionó asiduamente en los círculos intelectuales de la ciudad.

"... Volviéronse locos los coyas más engreídos y retobados de amor por ella, y conocedores de la aventura... le lloraron su amor, se lo contaron, se lo envolvieron en plata unos, en oro los otros..." relata Bernardo Frías en sus "Tradiciones Históricas". En ese período, Damasita vivió en Lima, Sucre, La Paz, Coquimbo y Guayaquil, paseando un atractivo insoportable (sic Bernardo Frías) y la romántica leyenda de su amor.

Unos años después —no hay precisiones históricas al respecto— Damasita volvió a

Potosí. Allí se reunió con el general Pedernera y juntos realizaron la empresa: atravesaron la Puna, ganaron el Pacífico y siguieron en barco hasta la ciudad de Valparaíso. Allí entregaron los huesos de Lavalle a María Dolores, su viuda.

Damasita se quedó en Valparaíso. Y aunque ya no tocaba piano y el francés lo había olvidado hacía tiempo, sedujo locamente al ministro Billinghurst, funcionario plenipotenciario chileno de gran fortuna. El hombre le propuso matrimonio, pero la salteña, que sólo obedecía a las leyes del amor, vivió un apasionado y —esta vez sí— prolongado romance con el político trasandino sin transigir con las leyes civiles.

Cuando su amante murió, Damasita heredó toda su fortuna. Entonces —ya corría el año 1880— volvió a Salta. Allí murió ese mismo año. Tal vez durante el viaje de vuelta a su provincia haya recordado con cierta nostalgia risueña las palabras dichas a Pedernera tanto tiempo atrás: "Cuando una joven de mi clase pierde su honra..." Ella era, al fin de cuentas una mujer libre, y su honra puede que haya comenzado a forjarla en los senderos de la Puna, allá por el 1841.

Laura Ramos